Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

UN AVARO.

Comedia en dos actos, arreglada á la escena española por D. Juan Lombia *y representada por primera vez con estraordinario aplauso en el teatro del Instituto, el 3 de diciembre de* 1845.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSON AGES.	ACTORES.
DON DIEGO.	*Don J. Lombia.*
ANA, *su hija.*	*Doña J. Noriega.*
CARLOS, *primo de Ana.* .	*Don M. Catalina.*
DON RUFO, *escribano.* . .	*Don M. Jimenez.*
ISIDORO, *su sobrino.* . . .	*Don V. Caltañazor.*
JUANA, *ama de gobierno.*	*Doña C. Carrasco.*

La escena es en un pueblo á diez leguas de Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en casa de don Diego; en el fondo á la derecha hace un recodo saliente con una puerta frente al espectador; otra en medio del telon, y detrás, frente á ella, una escalera, debajo de la cual se supone, por la izquierda, una puerta. En segundo término una puerta á cada lado. Muebles antiguos y pocos: entre ellos una cómoda y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

ANA *y* JUANA *están mirando afuera por la puerta del recodo, aquella en el cancel de la puerta lateral de la derecha.*

ANA. Se marcha ya, Juana?

JUA. Si señora, ya se aleja.

ANA. No vuelve?

JUA. Vaya usted con Dios, señor.—Eh? La ventana del corredor? (*llégase á la puerta del fondo, mira y vuelve á donde estaba.*) Está cerrada, si señor.—Vaya usted con Dios. No vaya usted muy deprisa, no sea que resbale la yegua.

ANA. Se fué?

JUA. Ya ha salido del patio. Va á dar una vuelta, como todas las mañanas, á la labor, á los peones; ya tiene para dos horas.

ANA. Mejor; cierra la puerta. Ya no me dá cuidado. Ahora podemos disponer el desayuno de mi primo Carlos. Vamos, vamos allá.

JUA. Ay, señorita, no tenga usted prisa, si duerme todavia á pierna suelta!

ANA. No importa. Es menester que lo tengamos todo dispuesto para cuando despierte... que almuerce antes de que vuelva mi padre.

JUA. Ya, eso si; porque si mi señor viera tanto despilfarro, chocolate, manteca, azucar, mantel nuevo...

ANA. Por eso tenia... (*llaman.*) Dios mio! Si será él! (*llaman.*)

JUA. Se le habrá olvidado algo. Quién?

ANA. Chis! me voy á la cocina á hacer el chocolate. Haz que se vaya pronto. (*llaman.*)

JUA. Bien, bien. Allá van.

ANA. Asi, que se vaya, pon la mesa. (*vase.*)

JUA. Es usted, señor?

ISI. (*dentro.*) Abra usted, tia Juana.

JUA. Toma, toma! No tenga usted cuidado, señorita; no es nadie, es don Isidoro.

ISI. Gracias; pero abre usted?

ESCENA II.

ISIDORO, JUANA.

ISI. Gracias á Dios!

JUA. Vaya que me habia usted asustado. A dónde vá usted tan temprano?

ISI. Voy á... vengo aqui. Mi tio don Rufo me ha enviado, y yo no aguardo nunca á que me lo diga dos veces, cuando me dice que venga.

JUA. Pues su tio de usted, que es el escribano de casa, bien sabe que á estas horas no está en casa el amo; porque todas las mañanas se vá á dar una vuelta al pueblo con la yegua, para ver sus haciendas y sus arrendatarios.

ISI. Si, ya. Pues ya tiene para rato, porque cuidado con tantas viñas, olivares y tierras; como que la mitad de los alrededores sabemos que son suyos... por mas que él lo disimula.

Jua. Pues todo lo recorre diariamente. Y hoy la señorita está ocupada... Y yo... yo tambien lo estoy... con que si quiere usted algo, podia usted volver.

Isi. Calle! Pues me gusta. (Mi tio dice bien, aqui hay gato encerrado.)

Jua. Como no está en casa mi señor...

Isi. Bien; le esperaré... Vengo para un asunto sério.... se trata de un asunto importante... De la venta de una hacienda .. Don Diego vá á hacerse poco á poco dueño de la mitad de la provincia. De eso era sin duda de lo que hablaba ayer tan bagito con mi tio, cuando llegó ese señorito... ya sabe usted, ese joven de Madrid que vino ayer tarde.

Jua. Ah! si; don Carlos, el sobrino de mi amo.

Isi. Pues, sobrino de su difunta muger.

Jua. La pobrecilla, Dios la tenga en descanso! No tuvo nunca el gusto de verle... y buenas ganas se la pasaron de llegarse á Madrid, á casa de su hermano; pero mi señor no consintió nunca en pagarla el viage, y se estaba gruñendo tres dias, cuando tenia que pagar al cartero alguna carta de allá; la pobrecilla no se atrevia á escribir á su familia, porque no la contestasen por el correo... Si su hermano lo hubiera sabido... Pero quiá, si era una bendita! Primero que quejarse de su marido! Aunque pasasen carretas por encima de ella...

Isi. Con que don Diego ha sido siempre tan avaricioso como ahora?

Jua. No; no digo que sea avaricioso precisamente; le gusta el dinero, pero es para guardarlo.

Isi. Tanto peor para él si lo guarda.

Jua. Pues; pero aunque es asi, no tiene mal corazon; él se priva de todo; pero lo que es al prójimo, eso si, lo trata como á si mismo.

Isi. Canario, tanto peor para el prójimo.

Jua. De manera que como que lo que tiene él, se lo ha ganado, puede hacer con ello lo que quiera.

Isi. Ya; pero si no hace nada.

Jua. Por no esponerse. Y hace bien de andarse con tiento. Yo que estoy en la casa hace cuarenta años, los he visto empezar; la hijuela de la señora era poca cosa, y mi señor nada habia heredado. Con que ya vé usted, para llegar á ser el propietario mas fuerte de la comarca, por fuerza tenia que ahorrar y escatimar en todo, y no hacer locuras. Asi es, que por mas tremolinas y revoluciones que ha habido, nada, él ni blanco, ni negro, ni colorado, siempre á su asunto. Cuidado que algunas veces se han vendido casi de balde los bienes nacionales, como los llaman, pero él, ni esta vez ni cuando la otra constitucion, la del trágala... Usted no la ha conocido? Nada, quietito, guardando ochentines y peluconas, y lo que dice, solo pellizcando dos de aqui, y cuatro de allá, es como se puede pasar en el dia; porque un garbanzo no hace granero, pero ayuda á su compañero. Entiende usted?

Isi. Pues no he de entender?

Jua. Pero ya se me olvidaba poner la mesa. Y la señorita que está haciendo el chocolate!

Isi. Cómo, chocolate? Chocolate en esta casa? (*yendo á la puerta derecha.*) Tia Juana!

Jua. Ay! Déjeme usted, tengo que sacar el azucarero.

Isi. Azucarero en la casa de don Diego? No lo habrá usted puesto en la mesa desde que se casó; porque aqui la azúcar, como no sea para algun remedio muy preciso... Pues quién?...

Jua. Si es para don Carlos, el sobrino de mi señor, que es hijo de un... como llaman... un banquero... vaya! Poco acostumbrado estará él á todas las gollerias de Madrid; piensa usted que está educado á lo bruto como usted y como yo?

Isi. Gracias, mil gracias. Y don Diego se despilfarra asi?

Jua. Quia! Nada de eso! Pues si él supiese!... Es la señorita la que cuida de todo. Como que para comprar el chocolate ha cambiado una de las monedas de oro que su padre le ha dado.

Isi. Cómo! Su padre le dá monedas de oro?

Jua. Si señor; se las vá dando una á una durante el año y apuntándolas, y por noche-buena se entretienen los dos en contarlas, y su padre se las guarda todas, y vuelta á empezar al año siguiente; porque ella no las toca nunca, solo que como ahora es para su primo...

Isi. Su primo! Su primo! No parece sino que le ha cobrado de pronto un interés...

Jua. Oh! es que es muy guapo! Luego cuando llegó ayer, nos sorprendió á todos, y á las jóvenes en sorprendiéndolas!... Ya sabe usted... se sorprenden.—Si viera usted, estábamos tan descuidados todos; mi señor, echando cuentas con su tio de usted; yo cosiendo, y la señorita leyendo el Judio errante, que su padre cree que es otra cosa, cuando de repente pom, pom, pom, un estrépito que todos nos asustamos, en particular el amo, que en llegando el anochecer es muy miedoso. Bajo á abrir y me encuentro tres mozos con un baul, una maleta, y qué sé yo cuantas cajas, y detrás un joven tan finito, tan guapo y tan limpio, como si saliera de un estuche; envuelto en un capoton tan majo, de esos que llevaban los frailes con sus mangas y su capucha. Voy á preguntarle; pero quiá, de dos saltos se planta en el cuarto, y le dice á mi amo: «Eh, buen hombre, anúncieme usted al señor don Diego.—Don Diego, responde mi señor, soy yo.—Ah! muy bien, contesta el muchacho; deme usted esa mano, querido tio; tome usted esta carta de mi padre.» Nosotros dos, su tio de usted y yo, estábamos aqui y la señorita... Si usted la hubiese visto, estaba alli pálida como una muerta, con los ojos fijos en su primo, y saltándosele las lágrimas al verle, porque se parece á mi señora la difunta como dos gotas de agua; amigo, cuando de repente se abalanza á él, diciendo: es un retrato de mi madre, madre mia, madre mia; y diciendo esto, le abrazaba como si tal cosa; verdad es que en la cara se parece muchísimo á la señora.

Isi. Y ella le abrazaba!

Jua. Toma! Pues y él? No es nada vanidoso! No crea usted que se enfadaba, al contrario, se echó á reir, y la abrazó tan guapamente!

Isi. Calle! De veras? Mire usted qué gracia! Eso cualquiera lo hace!

ESCENA III.

Dichos, Anita.

Ana. Vamos, Juana, ya está el chocolate. Buenos dias, don Isidoro. Cómo vá? (*á Juana.*) Acabo de oir ruido en el cuarto de mi primo, y la mesa no está puesta.

Jua. Qué diantre! Si me ha entretenido don Isidoro con su conversacion.

Ana. Pues anda, trae todo, yo me quedo aqui por si baja, y haré compañia á don Isidoro.

Jua. Eso es, reléveme usted. (Qué amable es! A todo se aviene.)

Isi. Válgame Dios, señorita Ana, qué bonita está usted asi!

Ana. Le parezco á usted bien? Gracias... (*á Juana que se ha entrado.*) Saca un mantel limpio.

Isi. Si señora; tiene usted un color, unos carrillos tan... vamos, muy bien. Asi es, que yo me estaria mirándola a usted todo el dia; por eso cuando mi tio me envia aqui, llego tan pronto, y para volver...

Ana. (*á Juana que sale con un mantel y una jicara comun en un plato.*) No, esa jicara no, la de llores.

Jua. Cuál? La de china que no hemos sacado desde que faltó mi señora?

Ana. Si, que beba en ella su sobrino.

Isi. Usted no me escucha, señorita.

Ana. Si, si señor; yo tambien me alegro de ver á usted por casa, y no me olvido de que es usted muy complaciente, muy amable para conmigo, tanto como un hermano.

Isi. Oh! mas, mucho mas; si usted supiese todo lo que... Mire usted, Anita, si usted me dijese, Isidoro, necesito que te arrojes corriendo en el fuego por mi, al momento me arrojaba, y no crea usted que eso me causaria gran novedad, no señora, porque de todos modos estoy quemado; solo de pensar que usted puede ser de otro, me abraso, me achicharro, no lo tome usted á broma, me carbonizo.

Ana. Qué quiere usted decir?

Isi. No, nada, nada; perdone usted; bien conozco... ya se vé, yo no soy mas que un simple escribiente de mi tio don Rufo, y no debo esperar... aunque él siempre me dice... pero quiá... y si es cierto que el primito ha venido para casarse con usted...

Jua. (*entrando.*) Casarse con la señorita! Quién? (*trae la jicara, la manteca en un mantequero, y un gran terron de azucar en un papel.*)

Ana. Mi primo! Quién le ha dicho á usted?...

Isi. A mi, nadie. Es decir, mi tio, que al observar la sorpresa que le causó á su padre de usted la carta de su hermano, que le entregó ese señorito, se ha imaginado que era, que...

Ana. Qué disparate! Un banquero querria casar á su hijo conmigo? Un bolsista es demasiado rico para nosotros.

Isi. Oh! en cuanto á eso, segun y conforme: un bolsista no siempre tiene la bolsa llena, y como dice mi tio, esas fortunas de alza y baja, suelen ser como los globos aereostáticos, que se van hinchando, hinchando, y suben con mucha prisa, pero al menor choque dan un estallido, y catapuf! ya los tiene usted aplastados en el suelo. Puede que usted sea mucho mas rica que su primo. (*Juana y Anita ponen la mesa.*)

Ana. Yo mas rica? Qué es esto, muger?

Jua. Vaya, la azucar.

Isi. Usted, si señora. Piensa usted que no dice todo el mundo que su padre de usted, ademas de poseer tantas propiedades, posee la de guardar muchos patacones? No, pero eso á mi no me importa. Yo no la pido á usted mas que amistad, una amistad...

Ana. Isidoro, usted es muy amable. Si me hiciese usted el favor de moler este terron de azucar?

Isi. Con mucho gusto; si yo soy capaz de moler... en la cocina con la mano del almirez verá usted què pronto... (*vase por la puerta derecha.*)

Ana. Bueno; ahora le pondremos el sillon que tiene mi padre en su cuarto.

Jua. Ya sabe usted que el amo no se sienta nunca en él por no usarle.

Ana. Dime, Juana: ¿será cierto lo que decia Isidoro de que mi padre guarda?..

Jua. Señorita, yo creo que no se equivoca.

Ana. Y yo tambien; porque has de saber, que anoche sentí ruido en la casa, y temiendo que despertáseis á mi primo, me levanté á ver lo que era; salí á esta pieza, y ví á mi padre que levantaba aquel cuadro viejo, y sacaba de debajo una llavecita.

Jua. Ay Dios mio! Con que vió usted...

Ana. Le ví dirigirse con ella á la puertecita vieja que hay debajo del corredor, á esa alacenilla que él dice que tiene para guardar papeles; la abrió con mucho tiento, entró en aquel chirivitil, y se sentó en el suelo junto á una orza vieja, y empezó á sacar de ella tanto oro, y á contarlo, y despues una porcion de billetes de Banco, que tenia en una cartera...

Jua. Calle usted por Dios, señorita!

Ana. Si vieras cómo abria los ojos, y entre dientes hablaba solo y reia; pero con una risa tan particular! Y como aquel rincon estaba tan negro, y la luz de la linterna de vidrio que llevaba daba á todo ello un color tan lúgubre, yo no sé lo que me pasó; me dió miedo, y me marché temblando á mi cuarto.

Jua. Válgame San Antonio! Si la hubiera á usted visto su padre! Cuidado se le escape á usted ni una palabra.

Isi. (*con la azucar molida y un terron en la boca.*) Aqui está la azucar hecha ariña. Es de la buena! Y cuidado si es dura!

Car. (*dentro, arriba.*) Señora Juana, ey! cualquiera.

Jua. Ya llama, oye usted? Allá voy.

Ana. Gracias, Isidoro. Saca pronto el sillon.

ESCENA IV.

Dichos y Carlos *en bata con un neceser en la mano.*

Car. Por fin bajé. Qué diantre de escalera, por poco no la ruedo. (*deja el neceser.*)

Ana. Se ha hecho usted daño?

Car. No, prima: no ha sido mas que un error de cálculo al bajar; he contado tres escalones por uno.

Ana. Pero la escalera tiene su cuerda.

Car. Si; despues he visto el pasamanos, que seguramente no es una superfluidad, porque no se vé gota; yo no sé como pueden ustedes acostumbrarse á vivir de esta manera; aqui las paredes, los muebles, todo es sombrio, todo es triste; verdad es que lo llena de animacion y de alegria mi prima con sus bellos ojos y su amabilidad.

Ana. Yo!

Isi. (El fátuo! Cumplimientos: como si no fuera uno capaz de gastarlos mejores que los suyos!)

Ana. Y qué tal ha pasado usted la noche?

Car. Ya vé usted á la hora en que me levanto; pues desde que me acosté, me la he llevado en un sueño. Perdone usted, primita, si me presento en este negligé.

Isi. (Eh, coqueton! Para que vean que tiene bata.)

Car. He querido escribir hace un momento á mi padre y á otra persona, pero no tenia...

Ana. Qué le faltaba á usted?

Car. Poca cosa; mesa, tinta, pluma, papel, etc.

Ana. Válgame Dios! No tardará usted en tener todo lo necesario. Don Isidoro, si quisiera usted hacerme un favor...

Isi. Con mucho gusto.

Car. (Nunca me hubiera figurado, sin verlo, que á diez leguas de Madrid, y en el siglo XIX, hubiese gentes que se conformasen con vivir de este modo, y parientes mios justamente.)

Isi. (Y con qué descaro lo escudriña todo! Parece que lo vá á inventariar. Es un pretendiente á la mano de... no hay duda.)

Jua. Dígale usted que tome el desayuno, antes que venga su padre de usted y...

CAR. Aqui tengo un tinterillo... pero veo que... tal vez molestaré. Oh! no, no, por mi no deje usted sus quehaceres.

ANA. Nada de eso; usted está en su casa; ya tiene usted el desayuno dispuesto, y si quiere usted...

CAR. Gracias, primita. No corre prisa; yo basta las doce no suelo...

JUA. (Dios nos asista!)

ISI. (A las doce! Y yo que á las cinco de la mañana ya estoy mascando!)

ANA. El caso es... perdone usted... el chocolate se...

CAR. Cómo! Chocolate? Gracias; no acostumbro á tomarlo. Mi desayuno es una taza de té con un rosvik.

ANA. Té? Ay Dios mio! Si yo lo hubiera sabido! Rosvik! (*á Isidoro.*) Qué es rosvik?

ISI. A buena parte viene usted! Qué sé yo? Alguna golosina.

JUA. (Y el amo que vuelve á las once!) Qué diantre! El chocolate ya está hecho... como que lo íbamos á sacar...

ANA. Si; ya íbamos á sacarlo.

CAR. Oh! En ese caso... No, y lo que es gustarme, me gusta el chocolate; y asi como que siento un poco de apetito; ya se vé, el traqueteo de ayer...

ANA. Pues entonces, al instante voy á traérselo á usted. (*á Juana, dándola el tintero.*) Toma, échale tinta; en el cuarto de mi padre hay... anda... soy con usted al momento. (*vanse cada uno por su lado.*)

ESCENA V.

ISIDORO, CARLOS.

CAR. Pobre primita! Qué amable es y cómo se desvive por complacerme! Y en verdad que es muy linda!

ISI. Hola! Le parece á usted, linda, eh?

CAR. Caballero, (*se saludan.*) no tengo el honor...

ISI. Isidoro! Isidoro Castaño, el sobrino... de mi tio don Rufo, escribano.

CAR. Ya, ya; es usted sobrino de su tio, eh? (Algun amigo ó vecino.)

ISI. Aunque sea curiosidad, hace usted ánimo de parar mucho por acá?

CAR. (*despues de haberle contemplado.*) Eh, eh, eh, eh, eh!

ISI. Eh, eh, eh, eh! No le gusta á usted mucho la poblacion tal vez...

CAR. Si he de decir la verdad, se necesita mucha vocacion para... yo habia oido vagamente decir que tenia un tio rico! Y crei que viviria retirado por gusto... en algun antiguo castillo ó en alguna casa de campo pintoresca... de esas que tiene todo el mundo, con su jardin, su estanque, su invernáculo; en fin, como son todas las casas de campo de las gentes que uno trata... para pasar una temporada los amigos y fastidiarse en el verano.

ISI. Yo le diré á usted; por lo que hace á fastidiarse creo que...

CAR. Si; en cualquier estacion pudiera uno conseguirlo aqui. Pero yo no acabo de comprender, por qué mi padre me ha enviado con tanta precipitacion, y cuando me hallaba mejor entretenido y en vísperas de colmar mi felicidad.

ISI. Calle. Con que no sabe usted á qué le ha enviado aqui su padre?

CAR. Lo ignoro completamente.

ISI. Cuando él lo ha hecho, tendrá sus razones.

CAR. Es probable.

ISI. (Cómo disimula! No es poco coscon el señorito de Madrid!)

CAR. (El lugareño es curioso de veras.)

ISI. Entonces, la venida de usted no tendrá nada que ver con la señorita Ana?

CAR. Con mi prima? (Vamos, ya entiendo, este es su novio.)

ISI. Digo que nada tendrá que ver.

CAR. Hombre! Ah! ah! ah!

ISI. Qué risueño es!..

ESCENA VI.

Dichos, ANITA *y* JUANA.

ANA. Vamos, ya tiene usted el chocolate. Hágame usted el favor, Isidoro. (*le deja la chocolatera en la mano, y pasa con el vaso en un plato á disponer la jicara.*)

JUA. (Cómo! aun estamos asi!) Jesus, señorita!

CAR. Cuantas molestias le doy á usted, primita.

ANA. Molestias? Nada de eso. (*quita á Isidoro la chocolatera, y él se queda con el molinillo.*) Creo que me ha salido bien; si le gustará!

CAR. (Efectivamente que es muy bonita mi prima, á pesar de ese aire lugareñillo! Y qué candorosa! Qué mirada tan dulce! Es que tiene unos ojos que valen tanto como los de Elisa.)

ISI. Cómo la mira! El muñeco!

CAR. He? (*le mira y vuelve la cabeza para reirse.*) Ah! ah! ah!

ISI. Ya me vá cargando con su risita! (*Juana ha sacado un sillon.*)

ANA. Si usted gusta, puede sentarse: todo está pronto.

ISI. (Por Dios que se despache; su padre de usted vá á venir.)

CAR. Vamos allá, si este caballerito nos permite...

ISI. Yo? Yo no me meto en eso. (*Carlos se acerca á la mesa.*)

ANA. Aqui, en este sillon.

CAR. Gracias. (*se sienta.*) Y le llaman á esto un sillon?

JUA. Por fin. (*Carlos sentado á su derecha, Ana en pié, Juana idem á su izquierda; Isidoro á la derecha del teatro, separado.*)

CAR. Pues señor, no me disgusta este desayuno, asi sin ceremonias ni cumplimientos.

ISI. (Digo, y no ha hecho otra cosa mas que pinturas.)

CAR. Y con tan buena compañia... es seguramente muy placentero. Oh! y que aqui que deben escasear los placeres... (*á Isidoro.*) En qué se divierten aqui las gentes?

ISI. En qué?

CAR. Pues, en qué?..

ISI. Se divirten en sus quehaceres.

CAR. Y cuando no tienen que hacer?

ISI. Cuando no tienen que hacer! Entonces no se divierten. Aqui á nadie se le obliga á divertirse.

ANA. Diga usted que tambien hay otras diversiones. por ejemplo, si le gusta á usted la pesca, don Isidoro lo entiende bien.

CAR. Por lo menos es una diversion de las mas tranquilas. Pero usted no me acompaña? No veo mas que una jicara...

ANA. Yo me he desayunado ya; estoy aqui por si se le ofrece á usted algo.

CAR. Oh, no faltaba mas, y está usted de pié. (*levantándose.*)

JUA. (*deteniéndole.*) No se mueva usted, por Dios! Usted se las gobernará de manera que venga su tio y...

ANA. Chist!

CAR. (*admirado.*) Pues qué hay?

Ana. No haga usted caso, primo; desayúnese usted á todo su espacio, no hay ninguna prisa.

Car. Ya lo creo! Qué prisa tenemos! A ver el panecillo.

Jua. (*dándole una hogaza y un cuchillo.*) Tenga usted, corte usted por donde quiera.

Car. (*lo mira con asombro y corta.*) Pues no es nada! Vaya una facha que debo tener así; y cuidado si está duro!

Ana. Qué busca usted? Quiere usted algo?

Car. Si tuviera usted unos vizcochos!

Jua. (Anda, anda.)

Ana. Si, si señor. Mire usted, Isidoro, hágame usted el favor de llegarse á la plaza; ya sabe usted, á casa del confitero, y tráigase usted unos vizcochos; prontito, sí?

Isi. Volando; basta que usted hace de mi lo que quiere. (Ahora servir al otro.)

Car. Se va usted? Espero que nos veremos luego para la pesca, amiguito.

Isi. Si señor. Amiguito! Como si yo lo fuera suyo. (*á Ana.*) Voy, voy en dos saltos. (*vase.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos Isidoro.

Car. Está furioso contra mi ese majadero! Es muy bueno este chocolate: no lo he tomado mejor en Madrid.

Jua. Y como que lo ha hecho la señorita!

Car. Razon mas para que me guste. Por qué me mira usted tanto, prima?

Ana. Perdone usted, se parece usted tanto á mi madre.

Car. Con efecto, mi padre me lo ha dicho varias veces; él y yo somos muy parecidos á mi difunta tia, de cuya amabilidad tengo por él muy buenas noticias.

Ana. Como yo de la de su padre de usted.

Car. Oh! mi padre es la bondad misma, y el mas generoso de los hombres; tan bueno, tan complaciente para todos y para conmigo particularmente; si viera usted con qué indulgencia me trata! Algunas veces entro en casa despues de haber pasado el dia tan frivolamente como él lo ha tenido laborioso; llego con algun recelo; porque el ejemplo le hace á uno; pero me recibe tan contento y suele decirme: qué tal? Te has divertido? Haces bien, hijo mio; á tu edad yo no he podido gozar de mi juventud, desquítate tu ahora, y goza por los dos.» Yo, ya vé usted, hago por obedecerle; así es que los soirés, el teatro, las espediciones campestres, los bailes, nada perdono, en fin, de cuanto puede contribuir á dar gusto á papá.

Jua. Válgame Dios! Señorita, si tuviera usted un padre así para cambiarle por el suyo!

Ana. Juana!

Car. Qué quiere decir con eso?

Ana. Pues qué, hace usted caso de ella? Si está loca! Desear yo un padre mejor que el mio! Cuando yo soy toda su alegria, toda su felicidad! Acaso no es él tambien muy generoso para conmigo?

Jua. Pero á lo menos iria usted alguna vez á los bailes, á las diversiones de que habla su primo de usted.

Car. Por qué no van ustedes alguna vez á Madrid á ver los teatros, los bailes de carnaval?

Jua. Ay! no señor, eso cuestra dinero!

Ana. Válgame Dios, muger! Qué falta me hacen á mi esas diversiones? Mi madre me acostumbró á esta vida tranquila y limitada, y no deseo mas. De ella aprendí á complacer á mi padre y á cifrar en ello mi felicidad. Algunas veces he deseado ir á Madrid: pero una vez, una vez sola, por tres ó cuatro dias para ver á usted y á su padre, á los cuales he querido siempre sin conocerlos, y volverme corriendo.

Jua. Ay!

Ana. Qué?

Jua. Nada, nada... creí haber oido...

Car. Pues bien, primita; usted vendrá á Madrid, y verá el mundo un poco; se divertirá usted, yo le doy á usted mi palabra de empeñarme con su papá.

Ana. Qué dice usted?

Car. O por mejor decir, mi padre será quien gobierne eso, y apostaria á que le habla de ello al de usted en la carta que le entregué ayer.

Jua. Cuál? La que esta mañana le he visto volver á leer con un ceño... Esa carta debe contener algun secreto.

Car. Si, algun secreto de familia que sabremos pronto. Usted vendrá á Madrid, primita, créame usted.

Ana. Yo?

Jua. Yo creo que don Isidoro tiene razon. (*á Ana.*)

Ana. (*temblando.*) Qué dices!

Car. Y quién sabe si ahora mismo podria yo decirle á usted el objeto... de la carta, que tal vez adivino.

Ana. No, no, don Carlos; puesto que es un secreto, no me hable usted de él.

Jua. Y por qué? Yo soy muy curiosa, con que diga usted... ese casamiento...

Ana. Juana!

Car. Calle! Cómo ha adivinado?

Ana. Primo, usted querrá mas chocolate. (*le echa y le tiembla la mano.*)

Jua. Cómo le tiembla á usted el pulso!

Ana. Echale tu, Juana. (*Juana lo hace.*)

Car. Gracias, gracias.

ESCENA VIII.

Dichos y Don Diego.

Die. (*dentro.*) Juana! (*abre y entra.*)

Jua. (*soltando con estrépito la chocolatera.*) Ay!

Die. Qué es esto? Se come por aqui?

Car. (*levantándose y yendo hácia el.*) Buenos dias, tio; no le he visto á usted en toda la mañana.

Die. (*pasando entre él y Ana hácia la mesa.*) Buenos dias, hombre, buenos dias. Ola! andas por aqui, tesoro mio, mi único tesoro! Abraza á tu padre. (*á Juana que se lleva la chocolatera.*) Qué es eso que llevas ahí?

Car. Es el escelente chocolate con que acaba usted de regalarme.

Die. Chocolate?

Jua. (*que se halla entre Ana y Diego.*) Señor amo...

Die. Chocolate! Qué es eso de chocolate! Calle, y azúcar!

Jua. Si señor, para la manteca. (*Carlos se sienta á la derecha.*)

Die. La manteca no necesita azúcar; ademas, que en el campo no se acostumbran esas golosinas; aqui ya se sabe, con una taza de leche. (*á Carlos.*) No es esto? (*á Juana.*) Quién te ha mandado?

Jua. Señor...

Die. Vamos, habla, no tienes lengua?

Jua. Señor...

Die. Quién ha sido?

Ana. Yo, papá.

Die. Ah! has sido tú?..

Car. (*muy sorprendido desde el principio.*) Qué significa esto?

Die. Tú... bien... no creas que me enfado... pero en casa no habia chocolate.

Ana. Yo he enviado por él.

Die. Ah! Tú has enviado á comprarlo! (*afectando indiferencia.*) Bien... pero con qué?.. No consiste en

comprar, es preciso pagar en la tienda. (*á Carlos sonriendo.*) No es verdad? Esa es la costumbre... Y el dinero?.. Tú no tenias...

ANA. Ya sabe usted que si.

DIE. Cómo! Te has atrevido á cambiar alguna moneda de las mias?

ANA. Usted me las ha dado.

DIE. Para guardarlas.

CAR. (Yo estoy atónito!)

ESCENA IX.

Dichos y DON ISIDORO *con un cucurucho de vizcochos.*

ISI. Aqui están, aqui están, calentitos.

DIE. Qué?

JUA. (El otro!)

ISI. (El viejo!)

DIE. Qué traes ahi?

ISI. Aqui? Nada... si... (*se le caen.*)

DIE. Vizcochos!

ANA. (Y todo delante de él!)

DIE. Y quién te ha dado el dinero?

ISI. Los he tomado fiados.

DIE. Pero quién los ha de pagar?

ISI. Yo...

CAR. (*levantándose.*) Yo, tio, yo; soy yo quien paga esas frioleras. Un capricho! Quise desayunarme, con la condicion de que yo mismo lo habia de pagar, y han tenido la condescendencia de acceder á ello; perdone usted.

ANA. Primo, si...

DIE. Bien, eso es diferente. Por qué no lo habeis dicho desde un principio? Tú tienes franqueza para eso con nosotros; haz cuenta que estás en tu casa. Y ya que tienes esos humos de gran señor, y que quieres regalarte de ese modo, cómete todo lo que poseas... tú dirás: mientras dura, vida y dulzura: bien, bien, bien, cada loco con su tema. (Y luego se espantarán de verse arruinados!) Juana, mi almuerzo.

JUA. Señor, todavia ha quedado otra jícara de chocolate... si la quiere usted... (*bajo.*) El sobrino es quien paga.

DIE. Ha quedado una jícara, eh? Bien; pues guárdasela á mi hija: á mi, ya sabes, un poco de pan y queso me gusta mas. (*le corta una rebanada de pan, y le pone un poco de manteca.*)

CAR. (Mi tio!.. Vamos, parece increible! Pero su hija... Oh! su hija es un ángel!)

DIE. (Mantel de... y mi sillon! Qué escándalo en una hora que he faltado!) (*viendo á Isidoro que se come un vizcocho.*) Qué es eso, qué haces tú?

ISI. Toma, ya están pagados!

CAR. (*dando á Juana una moneda de oro.*) Toma, para pagar todo eso.

JUA. Una moneda de oro!

DIE. Oro?

JUA. De dónde saco yo para darle á usted la vuelta?

DIE. Trae, trae, yo te la cambiaré.

CAR. No hay necesidad, tio; con permiso de usted me retiro; tengo que escribir á mi padre.

DIE. Ah! á tu padre... (Pobre mozo!)

ANA. Aqui tiene usted el tintero.

CAR. Venga; lo meteré en el neceser.

ANA. Qué bonito mueble!

CAR. Le gusta á usted, Anita? Hágame usted el favor de aceptarle, como prenda de amistad la mas sincera.

ANA. No, gracias. Crea usted que sin esta espresion puede usted contar con la mia.

ISI. (Regalitos! Vamos, ciertos son los toros!)

CAR. Podria usted hacerme un desaire?

ANA. Padre...

DIE. Tómalo, hija mia; lo acepta, lo acepta; las piezas son de oro... no, de plata sobredorada. (*dándoselo á Ana.*) Ahi lo tienes: guárdalo bien, donde nadie lo toque; es una memoria.

ANA. Que aprecio mucho!

DIE. (*acariciándola.*) Pobrecilla! Te gusta, eh? Bueno, bueno: en este caso no quiero que pague Carlos el desayuno; hoy pago yo; corre por mi cuenta. Juana, devuélvele esa moneda; bien, que tú querrás cambio; trae, trae te daré cuatro duros en plata.

CAR. Tio, déjesela usted.

DIE. Hombre, en dándote ochenta reales...

CAR. No hablemos de eso: no vuelve á mi poder; guárdatela, Juana.

JUA. Para mi?

CAR. Por supuesto.

DIE. Para ella?

ISI. (Está nadando en oro por lo visto.)

JUA. Dios eterno! Cuatro duros por haberle servido media hora, cuando no gano mas que cinco en todo el año! (*bajo á Diego.*) La tomo, señor?

DIE. (Y qué has de hacer? Ya que es tan imbécil.)

JUA. (Imbécil? Un joven con tan buen corazon!)

DIE. Ya, pues eso queria decir; escucha, Carlos, un buen consejo: si por todas partes por donde vas arrojas asi el dinero, no estrañes luego...

CAR. Déjese usted de eso, tio. El dinero se ha hecho para que ruede; por eso es redondo.

DIE. Al contrario, para apilarlo; por eso es plano.

CAR. Pech! plano, redondo, segun por donde se mire.

ESCENA X.

Dichos, DON RUFO.

RUF. Buenos dias, señores.

CAR. (Este es el de ayer.)

DIE. Me alegro de que haya usted venido.

RUF. Saludo al jóven viagero... No se acuerda usted de mi?

CAR. Le vi á usted ayer; pero como no tengo el honor de...

RUF. Y no sabe usted, el tio... de mi sobrino.

CAR. Ah! Si; si. (El otro dice que es el sobrino de su tio...) (*Juana quita la mesa y se lleva todo lo que habia en ella.*)

RUF. Buenos dias, Anita. Qué es eso? Parece que estás triste?

ANA. Yo, padrino?

DIE. Tú triste, hija mia? Y por qué? Qué es lo que tienes? Estás mala? Estás disgustada?

ANA. No señor.

DIE. Quiero que estés contenta, que seas feliz. Anda; anda á distraerte un poco: vete á echar de comer á los pollitos: asi te divertirás; pero oye, no les eches pan... nada mas que granzas; granzas si, todas las que quieran; pero cuidado con desperdiciar la gracia de Dios! Hay tantos pobres que quisieran tener lo que se malgasta!

CAR. (Dios mio! Qué hombre! Risa me daria oirle, sino fuese por mi prima, que me dá compasion!)

DIE. Ahora déjennos ustedes solos: tengo que tratar de un asunto con don Rufo. Mira, Carlos, despues tengo que hablar contigo; mas tarde.

ANA. Ah!

CAR. De la carta que he traido?

DIE. Si, sobre la carta de tu padre. (Yo no sé cómo decirle tal desgracia.)

ANA. Una desgracia dice usted, padre?
DIE. Yo no he dicho tal cosa.
ANA. Si señor; usted ha dicho no sé qué de desgracia.
ISI. (*á su tio.*) No hay duda; es su novio.
RUF. Chit. Ya veremos.
CAR. (*á don Isidoro.*) Dentro de media hora iré á buscarle á usted para que vayamos á pescar.
RUF. Está á las órdenes de usted, señor don Carlos.
ISI. Yo? (Qué cumplimentero está tambien mi tio.) (*vanse Carlos por la escalera; Juana izquierda; los demas puerta del recodo.*)

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON RUFO.

DIE. (Pobre mozo! Y no hay mas remedio que decírselo.)
RUF. (Es preciso averiguar...)
DIE. Siéntese usted, compadre, y dígame qué hay de nuevo.
RUF. Pech. No se habla mas que de la llegada de su sobrino de usted; se pregunta el objeto de su venida; se hacen mil conjeturas. Hay quien supone que viene para pedirle á usted á Anita por muger; y esa es la voz que corre mas.
DIE. (*tomando una silla del fondo.*) Y quién les mete á averiguar? Mas valia que cada uno se ocupase de sus asuntos. En fin, ocupémonos nosotros del nuestro; cómo estamos de eso?
RUF. Es negocio concluido.
DIE. Hombre!
RUF. Poco menos.
DIE. Cuando yo le dije á usted que él entraria por el arillo! Se conforma con los sesenta y dos mil reales, eh?
RUF. Está corriente; asi me lo ha escrito.
DIE. Vamos, tal cual: es una finca que vale diez mil duros como un ochavo; la hacienda del majuelo.
RUF. Ahi tiene usted por lo que yo he tenido tanto empeño en cerrar el trato. Si llegaba á arrepentirse!
DIE. Qué disparate! Bien sabia yo que al fin me la venderia como yo quisiera... Si está arruinado...! Su mismo mayordomo me lo ha confesado; el buen hombre estaba bastante afligido, y yo le he consolado; su amo estaba agoviado de deudas, perseguido por los acreedores; y como mi dinero es metálico y contante, y el mayordomo tira tambien un pellizco á cuenta de yo no sé qué deuda que contrajo con él su amo, y... en fin, yo ya sabia lo que me hacia cuando le dije á usted que no ofreciera un cuarto mas.
RUF. Ya! Como usted no me habia dicho nada de eso...
DIE. Pues si se lo hubiera dicho á usted, no habria usted echo su papel tan bien en este asunto.
RUF. Lo que sabe usted, compadre!
DIE. Amigo, tiene uno que estudiar mucho para ganar un bocado de pan.
RUF. Buen bocado de pan, y es usted millonario. A mi no me comulga usted con ruedas de molino; solo con lo que ha pasado por mis manos... Asi tiene usted pretendientes hasta en Madrid á la mano de su hija; apuesto que su sobrino de usted quiere ser su yerno.
DIE. Otra vez? Dejemos eso... Con que deciamos...
RUF. Que mi sobrino irá esta noche á Madrid á casa del vendedor, y se traerá los títulos, entregando el dinero, para lo cual tomaré la diligencia cuando pase.
DIE. La diligencia, que cuesta un ojo, para nada de camino.
RUF. Y se para usted en eso, cuando vá á ganar un doscientos por ciento en el negocio! Y ademas, que asi está convenido; ya hay en mi casa un comisionado por el dinero.
DIE. Yo procuraré encontrar quien me lo preste, porque no lo tengo. Cuando le digo á usted que no tengo un cuarto!
RUF. Pues lo que es los gastos de escritura, tengo que llevárselos al comisionado ahora mismo; la trae consigo; es el mismo escribano el que ha venido.
DIE. Ahora mismo! Pues no trae poca prisa. Y á cuanto suben los gastos?
RUF. (*presentándole un papel.*) Vea usted la minuta.
DIE. Todo esto? Vamos, es lo mas curioso ser propietario. Usted me ha metido en este asunto, y bien sabe Dios... En fin, ya no hay remedio... Justamente, ahora que me acuerdo, he vendido esta mañana una partida de vino, y me han pagado en billetes de Banco. Aqui estan. Trae usted el recibo?
RUF. Si está al pié de la minuta.
DIE. Ah! Si, es verdad; no... tampoco importaba, entre amigos. (*dándole.*) 1,324 rs. y 22 mrs. 2 de 500 hacen 1,000. Creo que es eso.
RUF. Falta el pico, los 324 rs. y 22 mrs.
DIE. (*sacando de los bolsillos.*) Tenga usted los 22 mrs.
RUF. 2, 4, 6, 7, falta un ochavo.
DIE. 324 rs., tenga usted la peseta.
RUF. Son 320 ahora.
DIE. Ahi vá el duro.
RUF. Es de 19.
DIE. Bien, hombre, faltan 8 cuartos, ahora voy.
RUF. Falta un real.
DIE. 2, 3, 4, 6, 8 cuartos. Tiene usted? El caso es que no tengo mas que oro...
RUF. Y eso qué? 300 rs. me tiene usted que dar...
DIE. Cómo 300?
RUF. Cabales.
DIE. (*contando sobre la mesa.*) Es que el oro en el dia cuesta caro, 19 y 5, 24, aqui sobran 2 rs.
RUF. No sobra nada.
DIE. La cuenta es 322 y 24 mrs.
RUF. Al contrario, 24 rs. y 22 mrs. Vea usted el recibo. (*se lo quita.*)
DIE. Deje usted. (*recobrándolo.*)
RUF. (*queriendo contar el dinero sobre la mesa.*) Aqui hay 24...
DIE. (*rebanándolo todo.*) Poco á poco, poco á poco; deje usted el dinero.
RUF. (*impaciente; y dando un empujon con la mano á dinero.*) Eh!
DIE. Qué hace usted? Está aqui todo?
RUF. (*levantándose.*) Véalo usted si está.
DIE. (*contando.*) Qué demonio de hombre; tiene usted un génio: al fin vá una onza de oro; no, deje usted; aqui he de tener unos escudillos de aumento. (*cuenta.*)
RUF. Cuidado, que quien no le conociese á usted, diria que teme no le roben; usted, que es tan rico!
DIE. Si, si...
RUF. Y yo no sé qué saca usted con tener parado el dinero. (*Diego se ha sentado.*)
DIE. Qué saco? El verlo, tocarlo con mis propias manos todos los dias. Qué quiere usted, amigo mio, es el solo vicio que tengo. El único gasto que hago, puede decirse.
RUF. Pues me parece á mi que como el sobrino llegue á ser su yerno de usted, no será el único gasto que haga; puede que al otro dia de casarse...
RUF. Pero qué es lo que está usted ahi hablando de casarse?
DIE. Pues no es para pedirle á usted su hija para lo que ha venido? Su padre es rico!
DIE. Rico, eh? Si, si; tome usted, lea, lea su carta, mientras yo veo si me he equivocado; con eso no vol-

verá usted á molerme con la tal boda. (*cuenta.*)

RUF. La carta de ayer: veamos si trata del casamiento. (*lee para sí.*) Cómo! Qué es esto?

DIE. Nuevecita 1845...

RUF. Desgraciado! La muerte!

ESCENA XII.

Dichos y ANA.

ANA. La muerte! La muerte de quién?

RUF. Tal vez á estas horas su tio de V...

ANA. Mi tio, ah! Deme usted, mi tio! (*Carlos talarca dentro arriba.*)

DIE. Pobre mozo!

RUF. Es don Carlos!

DIE. Silencio, no hay que decirle nada aun, hasta esta noche...

ANA. Dios mio! Dios mio! (*se le cae la carta.*)

ESCENA XIII.

Dichos y CARLOS *talareando en trage de calle y con una carta.*

DIE. Qué es eso? Quién canta?

CAR. Perdone usted, tio. Hay alguien que vaya al correo?

DIE. Es tarde; si, ha pasado ya. (A qué ha de escribir?)

CAR. Es posible! Cuánto lo siento! Y yo, que me he dado tanta prisa para concluir! A propósito de cartas, se le ha caido á usted una.

RUF. Es...

ANA. Ah! Es mia!

CAR. Pero qué pálida está usted, Anita! Tiene usted algun disgusto?

ANA. Yo?

CAR. No puede ménos; está usted tan demudada!

RUF. (No tengo una gota de sangre en las venas.)

CAR. (*bajo á Anita.*) Si, usted ha llorado, y no lo estraño. Qué tiene usted, querida Anita? Qué ha pasado? Diga usted una palabra, una sola; escribiré á mi padre, vendrá inmediatamente, y hablará con él de usted. Puede usted confiarse á él, es tan bueno!

ANA. Su padre de usted? (Oh! No puedo oirlo hablar así.)

DIE. Mire usted, don Rufo, he reflexionado que luego puedo llevarle yo á usted esa cantidad. Han de traerme plata, y...

RUFO. Como usted quiera.

DIE. Qué haces tú ahí, Carlos?

CAR. Trato de consolar á mi prima... No sé lo que tiene. Me oculta sus lágrimas, cuando la aseguro que cualquiera que fuese el motivo por qué las ha derramado, mi padre se tendria por muy dichoso en enjugarlas, aunque fuera á precio de su fortuna; si, tio, de su fortuna, si fuera preciso para ayudarle á usted á hacer la felicidad de Anita.

ANA. Don Carlos!

DIE. Gracias, gracias, Carlos: para que no lleguen esos casos; es bueno guardar cada uno lo poco que tiene; nosotros somos pobres, pero á Dios gracias, tenemos para pasarlo.

RUFO. (Pobrecito millonario!)

CAR. Lo creo, tio.

DIE. Vete, vete á pasear un rato: todavia puedes disponer de una hora para esa diversion. Es al molino donde vas? eh? Ana te enseñará el camino; anda, querida, anda.

ANA. Yo?.. Si, si, padre, y vuelvo al momento. (Ah! él se salvará.)

RUFO. Escribiré al sugeto ese de todos modos, que los sesenta y dos mil...

DIE. Hum. Vete, vete con él, Anita.

RUFO. Pues voy á la administracion de diligencias á tomar el asiento para que parta mi sobrino esta noche.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, *solo.*

El dinero se ha hecho redondo para que ruede! Eso es lo que le ha enseñado su padre, y asi vá ello en su casa. Calle, y don Rufo, que sin llevarse el dinero, me deja el recibo! Hay gentes que no tienen sentido comun. Bien que mi compadre es muy cuco. Cómo me hace la mamola. Si creerá que no le comprendo! Que no conozco que busca mis peluconas por medio de mi hija y su sobrino?.. Si, pues que busque, que busque. Yo le dejo en su error. A qué privarle de un goze que nada me cuesta? Al contrario, asi me sirve mejor, y me lleva menos. Y digo, parece tonto el tal don Rufo. No es nada lo que pretende, la mano de mi hija para su sobrino! Mi Anita! Nada menos! Sabe él acaso cuánto vale mi Anita? Una hija tan obediente, tan recatada, tan buena! Una hija á quien quiero mas que á mí mismo, y tan rica! Porque en muriéndome yo, quién puede competir con ella en la provincia? Si quiere, puede tener cuanto se le antoje; hasta coche con cuatro caballos; es decir, con tres; dos para el tiro, y otro por si cae alguno malo; bien que cuidándolos mucho, con dos tiene bastante, y sobra, porque entre dos, siempre hay uno que deja que el otro tire y lo lleva á remolque, de modo que con uno casi... Qué feliz es el dueño de esa hacienda del majuelo; no tiene que dar mas que tierra, ladrillo... yo le doy oro!.. Ello es barata, eso si; pero tanto oro como se vá á llevar! (*mirando á la escalera.*) Mis pobres peluconas tan bien formadas en columna como las tengo, tendran que abandonarme. Alli están. Estaba por darlas un vistazo. Estoy solo... voy allá!

ESCENA XV.

Dichos, ANA.

ANA. Ya está en camino.

DIE. El corazon me palpita ya con una violencia.

ANA. Ay! no puedo sostenerme.

DIE. Eh! Quién anda ahí! Quién está espiándome?

ANA. Padre...

DIE. Qué tienes, hija mia? Qué es eso? Por qué lloras? (*Ana le enseña la carta.*) Esta carta... Ya entiendo. La has leido!

ANA. Si señor, la he leido, y he creido morir de angustia. Pero usted...

DIE. Yo tambien la he leido, sé lo que dice.

ANA. Oh! no, usted no la ha leido bien. (*leyendo.*) «A nombre de mi difunta hermana, te confio lo que mas quiero en el mundo!»

DIE. Pues, su hijo; ya lo sé.

ANA. «Apurados todos mis recursos, engañado, vendido, tengo que presentarme en quiebra, y no quiero sobrevivir á mi ignominia; tú conoces mi carácter: mañana mi Carlos no tendrá padre.»

DIE. Si te digo que lo sé.

ANA. Lo sabe usted desde ayer, y permanece usted frio, yerto, insensible! Oh, no, no, padre mio, usted no habia leido bien esta carta, usted no la habia visto.

DIE. Te digo que la he visto, y la he leido bien; pero qué habia yo de hacer?

ANA. Qué habia usted de hacer? Ayer mismo, aunque

hubiera sido por la noche, debia usted de haber partido; aun habia tiempo para salvarle.

DIE. Crees que hubiera habido tiempo? Yo no me figuré...

ANA. Y aun hoy mismo; en este momento, quién sabe? Aun no he perdido la esperanza. Es preciso enviar inmediatamente, es preciso que usted vaya.

DIE. Es inútil, ya es tarde.

ANA. No importa, padre mio, probemos. Ah! sálvele usted, salve usted á mi tio!

DIE. Vamos, vamos, qué es esto, niña! Estás en tu juicio? Vaya! Como si estuviera uno tan sobrado: ahí es una friolera, nuevecientos mil reales. Tú no has leido la cantidad que dice la carta que debe por el pronto, nuevecientos mil reales; mira, mira.

ANA. Y qué?

DIE. Cómo y qué?

ANA. Yo le daré á usted todo el dinero que tengo, todo el que usted me ha dado.

DIE. Pobre inocente; el dinero que tú tienes; si no llega á diez onzas de oro!

ANA. Yo no sé cuanto es eso, pero usted podrá...

DIE. Oh! Tú no sabes ahora lo que eso cuesta, ni entiendes lo que vale... Ya te enteraré yo mas adelante de todo; algun dia lo sabrás. Mas tarde, cuando yo sea viejecito, muy viejecito; porque tú necesitas que yo te viva aun muchos años, muchos!

ANA. Si, padre mio, y por eso mismo... Carlos tambien necesita que le viva su padre; póngase usted en el lugar de mi tio, si á usted le sucediese una desgracia semejante...

DIE. A mi? No hay cuidado, soy yo mas previsor que tu tio; y además, por nuevecientos mil reales... no me ahogo yo en tan poca agua.

ANA. Con que tiene usted mas? Con que puede usted salvarle? Ah! si, si; todos dicen que tiene usted tanto dinero...

DIE. He! quién ha dicho eso? Qué le importa á usted?

ANA. Pero yo sé...

DIE. Mentira, tú no sabes nada, nada has visto.

ANA. Padre!

DIE. Yo no tengo mas que cuatro terrones, cuatro casuchas medio arruinadas, y aun cuando tuviera nuevecientos mil reales, es una suposicion, por eso habria de dárselos á todos los que no los tuviesen?

ANA. Pero no todos son lo mismo que un hermano.

DIE. Un hermano! Un hermano! Cuñado, hermano de mi muger, que hace ya que ha muerto...

ANA. Ah! ella renace hoy en mi primo; las mismas facciones, los mismos ojos, la misma alma. No le escuchaba usted hace poco, cuando me dijo: «Mi padre se tendria por muy dichoso en poder enjugar sus lágrimas de usted, aunque fuese á costa de su fortuna?» Ay! él lo ha dicho, y yo lo creo, padre mio, y si su padre no es su hermano de usted, al menos es mi tio!

DIE. El nada me pide.

ANA. Pero yo estoy segura... y esto es lo que anima mi esperanza, de que al confiarle á usted su desgracia, aguarda de su mano de usted el remedio. Ah! se lo pido á usted en nombre de mi madre. Si para usted es demasiado el darle ese dinero, un medio hay; préstelo usted al menos. Un préstamo, padre mio!

DIE. Un préstamo! Y sobre qué?

ANA. El se lo devolverá á usted; trabajará para pagarlo, y Carlos tambien se tendrá por muy feliz en trabajar para un padre tan bueno.

DIE. Quién, Carlos? Un derrochador semejante, un vanidoso! Pues, y su padre? Crees que seria capaz de economizar para?.. Yo le vi en Madrid, hace diez años, en una gran casa, llena de alfombras, de colgaduras, de espejos, de oro por todas partes que daba calentura el verlo. Bien se lo decia yo entonces: «Hermano, llevas muy mal camino; tantas comidas, tantos bailes, tanto carruaje con soberbios caballos, eso no puede parar en bien.» Si, que si quieres; el mismo caso me hacia que la pared; y entre tanto yo con mi casacon y mis zapatos de dos costuras, siempre economizando y discurriendo cómo juntar unos cuartos. Y sabes cómo me llamaba? Avaro!

ANA. Ah!

DIE. Avaro! A mi?

ANA. No se acuerde usted ahora de eso.

DIE. Avaro! Esa palabra no he podido perdonársela jamás. Avaro! Ah! El ha querido gozar, brillar, arrojarlo todo, hacer el gran señor, y ahora vendria á que yo...

ANA. Por Dios, padre mio! Sálvele usted. No me levantaré del suelo sin haberlo conseguido.

DIE. Vamos, vamos, álzate.

ANA. No señor; mientras que usted no se compadezca de él, mientras que yo no consiga lo que deseo, no le dejaré á usted: y si no logro enternecerle á usted, saldré de casa, pediré á todo el mundo, les haré que vengan á suplicar á usted.

DIE. Pero Anita, estás loca?

ANA. Loca estoy. No lo sé. Esté usted persuadido de que si Carlos se queda sin padre, yo no sobreviviré á su desgracia, y de que usted tambien se quedará sin hija.

DIE. Sin hija, yo, Anita mia! Mi vida! Mi tesoro!

ESCENA XVI.

Dichos, DON RUFO.

RUFO. Pues señor, ya estoy de vuelta: he tomado el billete, y he prevenido á mi sobrino, que estaba con el de usted á la orilla del estanque; ya vienen. Pobre jóven! Cada vez que se reia me traspasaba el corazon!

ANA. Ah! usted se compadece de él, no es verdad? Al considerar su desesperacion cuando sepa...

DIE. Pero no te aflijas por eso. Acaso yo le niego mi amistad? No le he recibido en mi casa? El come, él bebe lo que quiere... Además, yo le consolaré, le haré todo lo que me dice en la carta su padre.

RUFO. Y hará usted bien; porque él los quiere á ustedes mucho; eso es otra cosa; ahora poco nos decia...

DIE. Con que vamos, compadre, usted tiene que hablarme...

RUFO. Si; ya he escrito á ese sugeto que los sesenta y dos...

DIE. Bien, bien; vamos á mi cuarto.

ANA. Padre mio, padre! Me deja usted asi?

DIE. Déjame, niña, déjame, tengo mucho que hacer.

ANA. Pero no quiere usted...

DIE. Es muy tarde... déjame; vamos á tratar de asuntos serios. Ande usted, papanatas.

ANA. Con que no quiere usted?

DIE. No.

ANA. Padre, padre mio!

DIE. He dicho que no. Jamás! (*vanse.*)

CAR. (*dentro.*) No entra usted? Qué quiere usted hacer ahí? ha! ha! ha!

ANA. Madre mia, perdon! (*entra por el tesoro.*)

ESCENA XVII.

CARLOS, ISIDORO; *vá oscureciendo.*

CAR. Vamos adelante. Qué, no puede usted andar con

el peso de la pesca? Ah! ah! ah!

Isi. Si, bonita pesca! Dos barbos!

Car. Y en tres horas! Buena espedicion!

Isi. Pues mire usted, no me pesa; porque al menos he pescado lo que queria saber de usted.

Car. Ya no temerá usted que mi llegada pueda atormentarle; porque, la verdad, aun cuando mi primita merece mucho, yo no siento hácia ella mas que una amistad.

Isi. Ay! Dios mio! Y si la amistad llegase á ser...

Car. Amor? No lo creo. Y para que se tranquilice usted del todo, lea usted este sobre. (*le dá una carta.*)

Isi. A la señorita doña Elisa de Aranalde.

Car. La hija de un consejero nada menos; y cuando me permite su padre escribirla, puede usted figurarse...

Isi. Comprendo, amigo mio; usted es un bello jóven; un jóven como hay pocos. Pero en ese caso, á qué le ha enviado usted aqui su padre?

Car. Acaso lo sé yo? He traido una carta y no sé mas; yo crei que el pueblo era agradable, y que mi padre queria que gozase de él unos dias, haciendo una visita á sus dos parientes; qué se yo? De todos modos, usted puede pedir mi prima á su padre.

Isi. Oh! por supuesto; es decir, quince dias despues de haber pasado su santo, que ya es pronto. Mi tio me lo tiene dicho asi; no sé por qué, él se entenderá; dice que está seguro para entonces de alcanzar el consentimiento del viejo. De cualquier manera, yo no lo dejo ya; digo, esta noche salgo para Madrid; pero mañana vuelvo sin falta.

Car. Ah! pues si vá usted esta noche á Madrid, hágame usted el favor de entregar estas cartas; la una es para mi padre, las señas de las dos están en los sobres.

Isi. Con mucho gusto.

Car. Deje usted... voy á ponerle á mi padre una posdata: porque usted, se tomará la molestia de visitarle y decirle que me deja usted bueno.

Isi. Por supuesto.

Car. Aqui en el cuarto de mi tio, y de camino, si está ahí, me dirá á qué he venido yo aqui; y qué es lo que quiere mi padre; soy con usted.

Isi. Corriente, despáchese usted.

Car. Al momento. Ah! dígame usted, mi prima le ama á usted?

Isi. Qué diantre! Yo me lo figuro; pero no lo sé.

Car. Ha, ha, ha! Pues está usted adelantado.

ESCENA XVIII.

Isidoro, *á poco* Ana, *despues* Don Diego.

Isi. (*solo.*) Ya no lo estoy mucho; eso es verdad. Pero al menos, ya no tengo por qué temerle. Me tenia asustado.

Ana. (*pálida.*) Ah! no puedo mas, yo muero! Oh! madre mia, dadme fuerzas!

Isi. Yo creo que ella me dará á mí la preferencia.

Ana. Pero á dónde ir? A quién confiarme?

Isi. Eh! Quién anda ahí?

Ana. Esta voz. Es Isidoro!

Isi. Señorita Ana!

Ana. Silencio por Dios! Está usted solo? Y Carlos?

Isi. Su primo de usted? Oh! si supiera usted que guapo muchacho; por él daria mi vida!

Ana. Por él? ah! por él y por mi: usted me lo ha dicho! Pues bien, usted vá á partir para Madrid: tiene usted el billete, y la diligencia vá á pasar dentro de poco por aqui.

Isi. Si, señora; pero si usted no quiere que vaya, no iré.

Ana. Al contrario, quiero que no pierda usted un momento.

Die. (*dentro.*) Si, quédate, quédate; don Rufo te dirá lo que es.

Ana. Venga usted conmigo, venga usted.

Isi. Vamos donde usted quiera. (*vanse.*)

Die. (*saliendo.*) Mas vale asi: yo no tendria valor para decírselo. Juana, Juana?

Jua. (*dentro.*) Señor!

Die. Saca una luz. Veamos que dice don Rufo, que el cambio del oro estaba hoy en Madrid á... qué! no puede ser; entonces los sesenta y dos mil reales, solo me producirán... Veamos...

Jua. (*que ha sacado ya un velon encendido.*) Bendito y alabado.

Car. (*dentro.*) No, no, déjeme usted; padre mio, padre de mi alma.

Jua. Oye usted, señor?

Car. Déjeme usted salir.

Die. Pobre muchacho! Ya lo sabe todo.

Jua. Es su sobrino de usted.

ESCENA XIX.

Don Diego, Juana, Carlos, Don Rufo, *despues* Ana.

Car. (*en la mayor desolacion.*) Padre mio, padre!

Rufo. Pero escúcheme usted, amigo mio!

Car. Tio, usted sabia... Esa carta horrible... Enséñeme la usted, quiero verla, tengo derecho á ello, démela usted.

Die. Vamos, vamos, valor.

Jua. Dios mio!

Car. (*abriendo la carta.*) Ah! mi padre... pa... dre... Ah! ah! (*cae en los brazos de don Rufo.*)

Rufo. Se ha puesto malo, corriendo, una silla.

Die. Juana...

Jua. Aqui hay una. (*Ana entra.*)

Die. Poco á poco, poco á poco. (*se oye pasar la diligencia.*)

Ruf. La diligencia que vá á Madrid.

Die. Pero su sobrino de usted, que debia llevar...

Ruf. Hombre, qué sé yo?

Ana. (Dios mio! Que llegue á tiempo.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala; en el fondo dos puertas, de las cuales la de la izquierda tiene escalera que desciende: á la derecha ventana y puerta: á la izquierda puerta.—Mesa, sofá, sillas, candelero con vela espirando.

ESCENA PRIMERA.

Carlos *en el sofá;* Juana *dando cabezadas en el lado opuesto.* Ana *sube por la escalera y entra en escena.*

Ana. Juana? Juana? Dios mio! Cómo duerme! Pobre Carlos! Ha quedado rendido! Qué sueño tan agitado! Si se dispierta... Juana!

Jua. Eh! Qué es eso? Quién vá?

Ana. Chist! Que le vas á despertar!

Jua. Pero señorita, ya se ha levantado usted, y se fué á acostar cuando amanecia!

Ana. Ya; y me fui porque te empeñaste en ello, diciendo que tú velarias, pero veo que te has dormido.

Jua. No tenga usted cuidado. Me he quedado un poco

traspuesta, luego que él, con lo que ha bregado por escaparse á Madrid, y con el delirio de la calentura, se ha quedado azorrado... Si viera usted! Parecia un difunto! Estuve por llamarles á ustedes, solo que mirándole, por lo visto me he quedado dormida. Mal pecado!

ANA. Ay Juana! Qué rato nos aguarda cuando vuelva en si! Se me partia el corazon al oirle, y temo...

JUA. Ay, pues cuando usted se fué, en qué nos vimos el amo y yo para detenerle? Bien oiria usted los gritos. «Caballos. Quiero ver á mi padre. Estoy en un calabozo,» decia. Válgame Dios! Yo creo que estaba loco; y qué fuerzas tiene! Y parece asi, tan finito! Despues que se quedó aletargado le quisimos llevar á la cama; pero si, ahi hemos tenido que dejarle, porque, quién cargaba con él?

ANA. Cuando dispierte es preciso hacerle tomar algo. Un poco de caldo, vé á disponerlo.

JUA. No tengo mas que arrimar el pucherillo al hogar, porque su padre de usted le ha guardado su taza de por la noche. Cuando se la fui á dar, al retirarse, me dijo: no, déjala para mi sobrino; yo no quiero nada.

ANA. (Padre mio!)

JUA. Antes de amanecer le sentí andar al pié de la escalera y me asomé, preguntándole si queria algo; pero me dió un bufido y se volvió á su cama: yo creo que iba á hacer su visita de costumbre á la bucha, y como no pudo...

ANA. Y despues?

JUA. A poco vino á sacarle de la cama un peon con no sé qué embajada, y se fué con él.

ANA. (Ah!) Bien: vé á aviarlo todo antes que vuelva.

ESCENA II.

ANA, DON CARLOS.

ANA. Oh! Estoy temblando. Tengo el corazon oprimido. Padre mio! Pero aun cuando al principio me riña, despues se alegrará de una accion que le conserva á su hermano, y tal vez á su sobrino, y aun á su hija... porque yo moriria de pesar. Pobre Carlos! No puedo recordar lo que me dijo tan conmovido allá abajo.... No pude comprender sus palabras; pero aquel acento, aquella mirada tenia para mí un encanto! Qué lejos estará de figurarse que su presencia me ha dado valor para llevar á cabo mi pensamiento! Y bien lo necesitaba, infeliz de mi! Aquella llave!... Me parecia al cojerla que me abrasaba la mano! Luego que entré en aquel oscuro y estraño recinto, creí sucumbir á mi agitacion... se me figuró que estaba loca; pero no, bien recuerdo que mis manos convulsas apenas podian alzar la maleta, y que al pasar por el corredor abrazada á ella, al engancharse en aquel clavo, se me figuró que era mi padre que me detenia; me estremecí y caí en tierra; pero acordándome de mi madre, recobré otra vez el valor, y eché á andar como si siguiera sus pasos, despues acá... Eh! Dios mio! Por qué ha de costar tanto al corazon remediar el infortunio!

CAR. (*soñando.*) Dejadme, dejadme.

ANA. Ha hablado.

CAR. El es... si; quiero hablarle, quiero... Ah! Dónde estoy?

ANA. Ya dispierta.

CAR. Ana!

ANA. Quiere usted algo?

CAR. Usted aqui? Como un ángel que vela á mi lado!

ANA. Cómo está usted?

CAR. Eh? Yo no sé; me encuentro agitado... y... Oh! Si usted supiese qué sueño tan horrible he tenido! Mi padre...

ANA. Un sueño?

CAR. Si. Soñaba que me habian separado de él. Que ya no podia volver á verle. Cómo! Usted llora! Ah! No, no ha sido un sueño... ha sido realidad. Recuerdo aquella horrible carta. Ah! Mi padre ha muerto!

ANA. No, no crea usted eso.

CAR. Y yo no he corrido á salvarle! Me han encerrado aqui.

ANA. Todo por su bien de usted. Se hallaba usted en un completo delirio... la desesperacion....

CAR. Y por qué no volver en mi para ir en busca de mi padre? Nadie será capaz de detenerme. Pronto, un caballo. Marcharé á pié, quiero arrancar á mi padre el arma de la mano, ó morir con él.

ANA. Por Dios, Carlos, tranquilícese usted. Tal vez en este momento mi tio se ha salvado!

CAR. Y de qué modo? Quién puede haberle socorrido?

ANA. Quién? Mi padre.

CAR. Cómo! Su padre de usted le habrá enviado....

ANA. Todo cuanto tenia.

CAR. Es posible! Mi tio! Ah! Quiero verle, quiero arrojarme á sus pies.

ANA. Oh! No, no por Dios; no le diga usted nada... no hay necesidad... y ademas, ha salido.

CAR. No quiere usted que le vea! Aqui hay algun misterio. La duda es un suplicio horrible; nadie me podrá detener. A Dios, Ana.

ANA. Pero cómo ha de ir usted á Madrid?

CAR. No lo sé; pero... qué veo, un caballo. (*salta por la ventana.*)

ANA. Carlos. Ah!

CAR. (*fuera.*) A Dios, Ana; piense usted en mi; yo no la olvidaré jamás.

ESCENA III.

ANA *y* JUANA.

ANA. Dios mio! Mi primo se vá.

JUA. Y á dónde?

ANA. Se ha empeñado en ir á reunirse con su padre.

JUA. Lo encuentro muy bien hecho; pero el caso es que ya llegará tarde.

ANA. Ah! No digas eso. Qué veo! (*mirando.*)

JUA. Pues no hay mas, ya echa á correr; pues como siga á ese paso, pronto llega á Madrid.

ANA. Pero quién le ha dado ese caballo?

JUA. Si es la yegua de casa en que acaba de llegar su padre de usted!

ANA. Ha vuelto ya mi padre?

JUA. No tardará en salir.

ANA. Oh! No quiero que me vea. Prefiero la muerte.

JUA. Ya está aqui.

ANA. Oh Dios!

ESCENA IV.

DON DIEGO, JUANA, ANA.

DIE. Qué es eso, Anita? Te vas? No, no, nada de eso; aun no me has dado los buenos dias.

ANA. Padre. Es que iba... queria...

DIE. Querias! Querias! Yo quiero que te quedes. Juana, vé á meter la jaca en la cuadra.

JUA. Es que...

DIE. Qué? Vamos, qué?

JUA. Nada. Ya voy. Quién es el que se atreve á decirle ahora que se la han llevado? Voy, voy.

DIE. Ah! Oye. No tienes que darle nada; acaba de tomar un pienso en la cuadra del tio Tomás; en yendo allí, ya se sabe; y como el animalito conoce todas las cuadras de alrededor... Tu primo ya no está ahi, se habrá acostado. Ha hecho muy bien; lo necesitaba.

ANA. (Dios mio! Qué miedo tengo!)

DIE. Dadme una silla. Pero qué es lo que tienes?

ANA. Yo? Nada, padre; pero no seria mejor que descansase usted un rato en su cama?

DIE. Bien estoy aqui. Ademas, que quiero verte y hablarte... Ese es mi mejor descanso. Te quiero tanto!

ANA. Y yo tambien á usted.

DIE. Eres tan amable!

ANA. Y usted tan bueno.

DIE. Nunca das que sentir á tu padre.

ANA. Nunca!

DIE. Sin embargo de que algunas veces me haces rabiar un poco.

ANA. Yo?

DIE. Usted, usted, señorita. Ayer sin ir mas lejos...

ANA. Cómo! (*quiere irse.*)

DIE. Qué es eso? A dónde vas? Vamos, no tiembles asi: si yo no te regaño; ya sabes que no soy rencoroso; te he perdonado, hija mia; ademas, que tampoco tenias tú la culpa; como tú no entiendes esas cosas... Si tú supieras lo que vale el dinero, ya tendrias en todo mas economia; á buen seguro que gastases tanto; pero ya se vé. Tu pobre madre si que sabia arreglar una casa. Seguro estaba yo de que no se gastaba un maravedí sin mi permiso: de todo se privaba; es preciso imitarla, hija mia, el dinero...

ANA. Le gusta á usted mucho?

DIE. Si me gusta? Es mi felicidad! Mi vida! Y me preguntas si me gusta? Le quiero como á tí misma... Mira, lo que se ama, se guarda cuidadosamente, sin permitir separarlo de uno jamás. De tí, por ejemplo, no podria separarme. Jamás podria conseguir que me dejases; lo mismo llega á amarse el dinero; quiere uno tenerle á su lado para gozarse viéndole toda la vida, para contarlo á todas horas, y no separarse de él sino con la muerte.

ANA. Pero, y si lo perdiese usted?

DIE. Calla, calla, entonces moriria de pesar, te quedarias sin padre. Mira, hija mia, te lo confieso; y si esto es un pecado, ruega á Dios por tu padre en esta vida; cuando compro alguna viña, alguna tierra, ó cualquier cosa, y llega el momento de pagar el importe, el corazon parece que quiere saltárseme del pecho, y á trueque de guardar aquel oro, me parece que me dejaprenderia... que seria capaz de dar... No, no, no, hija mia, no hablemos de esto mas.

ANA. Ay padre! Yo no sabia... No podia figurarme.... (Oh! Nunca me hubiera atrevido.)

DIE. Qué dices?

ANA. Digo... que debe ser, sin embargo, tan dulce el hacer bien á los desgraciados que nos rodean!

DIE. Ten, ten cuidado, que te estropeas el vestido. Y crees que no hago yo por ellos bastante? Cuando concluye la siega, no les dejan mis arrendatarios espigar á sus anchas?

ANA. Ya, pero no es usted el que...

DIE. Yo ó mis arrendatarios. Qué mas dá? Y ademas, que te digan cómo trato á todo el mundo, con qué cariño, con que llaneza; hoy almuerzo con un podador, mañana como con un patan, á todos les doy la mano... Y con tal que paguen bien... Hoy mismo, hace muy poco... Ah! hoy si que he dado un buen golpe.

ANA. Ha tomado usted dinero?

DIE. Poco; pero he tomado; y como siempre te guardo tu regalito... un ochentin; aqui está... verás que bonito, para que lo pongas con los otros en tu buchita... toma, toma.

ANA. Gracias, padre.

DIE. Cómo? No parece sino que no te alegra nada la vista de esta preciosa moneda... No te regocija el poseerla, el verla, oirla sonar? Mira, mira. Qué sonido tan penetrante, es verdad? Causa una alegria! Toma, toma; con el tiempo tendrás muchos de estos, muchos. Ya lo saben por ahi, ó al menos se lo presumen. Bien oigo yo alguna vez al pasar por donde hay algun corrillo: «Ahi vá don Diego;» nadie dice el tio Diego, «que tiene mas dinero que pesa.» No es verdad, pero voy á lo que dicen; yo hago como que no lo oigo; ellos me saludan y me hacen mil acatamientos, y á ti tambien. Piensas que no reparo como te quitan el sombrero hasta los pies, los jóvenes particularmente; y aquellas cortesias... Qué te parece á ti que quieren decirme con aquellas cortesias?

ANA. Querran decir: «su hija de usted es bonita.»

DIE. No; «su hija de usted es rica;» eso es lo que quieren decir. Oh! cuando llegue el caso, tú podrás escojer el que quieras; pero todavia, en mucho tiempo, no hay que pensar en eso. Para tener un marido que se llevaria la dote, ó se la comeria en cuatro dias, vale mas estarse soltera.

ANA. Con que yo tengo dote, papá?

DIE. Si llegára el caso... podria ser... precisamente.

ANA. Y me lo entregaria usted al instante?

DIE. Nada de eso; yo no he dicho tal cosa... no tengo dinero.

ANA. Pues no acaba usted de decir que tiene oro?

DIE. Ya, pero es muy poco... y ademas, lo debo; esas tierras y esa hacienda que don Rufo ha comprado á mi nombre, tengo que pagarlas... en verdad que ahora me acuerdo de que vá á venir. El camueso de su sobrino se ha marchado á Madrid sin acabar de enterarse del asunto á que iba... y tengo que contar el dinero... voy abajo.

ANA. Qué prisa corre? No se vaya usted.

DIE. No, si al momento subo.

ANA. Ay! no baje usted; se lo ruego; estése usted conmigo... estoy tan contenta cuando está usted á mi lado!.. Quédese usted.

DIE. De veras no quieres que te deje, Anita? Zalamerilla! Qué ardorosas tienes las manos! Tienes calentura, hija mia? Estás abrasando!

ANA. Yo creo que si, tengo calentura.

DIE. Tú, angel mio? Que venga el médico al instante y que te haga una visita, ó dos, ó las que sea preciso.

JUA (*saliendo.*) Ahi está don Rufo.

DIE. No te lo decia? Viene por...

ANA. (Virgen Santísima!)

DIE. Es preciso que te cuides, tesoro mio, y que venga el médico y te cure, cueste lo que cueste. Dile que me aguarde unos momentos. Al instante subo.

ESCENA V.

Dichos, menos DON DIEGO.

ANA. Dios mio, si llega á ver... Despues de lo que acabo de oirle... A dónde vá?

JUA. Toma, á la huronera... á dar un vistazo á los patacones, como que no los ha visto desde ayer.

ANA. Dios mio!

JUA. Pobre señor! Pues ya tiene para un rato!

ANA. Calla... me parecia oir!.. Es él... abre la puerta. (*vá á salir.*)

RUFO. (*entrando foro derecha.*) Ola, y don Diego? No está aqui! Pero has visto? Ese alcornoque de Isidoro...

ANA. Isidoro? Pues qué, ha vuelto?

RUFO. Qué! no es eso, sino que el grandísimo botarate, echó á correr con la mitad de las instrucciones. Qué

la mitad? Nada, viaje inútil; tengo yo que marchar á Madrid!

ANA. Usted vá á Madrid?

DIE. (*dentro.*) Juana!

JUA. Creo que llama el amo.

DIE. (*dentro.*) Juana!

ANA. Mi padre! Oh! Dios mio! (*vase.*)

ESCENA VI.

DON RUFO, DON DIEGO, JUANA.

DIE. (*apareciendo.*) Juana! Juana!

JUA. Virgen Santísima! Qué palido está el amo! Se ha puesto usted malo?

DIE. Juana!

RUFO. Pero qué tiene usted?

DIE. Eh? Quién es usted? Qué hace usted aqui?

RUFO. Que qué hago? Pues no me conoce usted?

DIE. Ah! Juana, mirame, mirame cara á cara.

JUA. Vamos, ya le miro á usted.

DIE. Tú no sabes nada... no sabes que... alli... Ah! aire... esa ventana... me ahogo... (*abre Juana.*) Juana, dónde está mi sobrino?

JUA. Su sobrino de usted... está...

DIE. Dónde? Donde está... habla... mi sobrino...

JUA. Se ha marchado.

DIE. Se ha marchado!

JUA. Ha saltado por la ventana.

DIE. Por la ventana!.. Ya no hay duda. Ah! me ha asesinado!

RUFO. Pero qué es?..

DIE. Pronto, un caballo... anda, que ensillen la yegua.

JUA. Es que, señor...

DIE. Despacha, volando!.. Se ha marchado! Volando digo.

ESCENA VII.

DON RUFO, DON DIEGO.

RUFO. Pero no me dirá usted...

DIE. Usted irá, usted podrá correr, porque yo no tengo fuerzas... y no quiero dejar la casa... se llevarian lo que queda... Vaya usted... yo no puedo... no puedo... vaya usted.

RUFO. Y á dónde he de ir?

DIE. Miserable! A avisar á la justicia, á llamar al celador, al juez, que venga al instante, los vecinos... los... los... que vengan, que vengan.

RUFO. Pero qué sucede? Señor, sepamos...

DIE. No se lo he dicho á usted ya? Lo que sucede es, que... me han robado...

RUFO. Qué dice usted? Dios mio!

DIE. Si, me han robado el oro, los billetes, los recibos, todo... todo me lo han quitado...

RUFO. Su sobrino de usted?

DIE. El infame! Corra usted... quiero que le busquen... que le prendan.

RUFO. Pero vuelva usted en si.

DIE. Eh! Qué dice usted? Todavia está usted ahi? Está usted de acuerdo con él! Yo mismo iré... yo mismo, y le... yo le... Estoy muerto!

RUFO. Vamos, vamos, vuelva usted en si, le encontraremos... le...

DIE. Pero no vá usted?

RUFO. Ya voy, ya voy. Un robo! oh! eso es horrible!

DIE. Y sobre todo, que le quiten cuanto lleva encima... Que le registren bien. No, no; yo mismo le registraré... Que le prendan.

ESCENA VIII.

DON DIEGO, ANA.

ANA. Qué le prendan? A quién, padre?

DIE. A quién? A él... Oh! tú no sabes... todo me lo ha quitado ese Carlos... Ese infame!

ANA. Su sobrino de usted?

DIE. No lo es... no es nada mio.

ANA. Cielos!

DIE. Y su padre, que me le envia bajo el pretesto de que le ha ocurrido una desgracia... para arrebatármelo todo... para... pero le prenderán. Oh! si, si, le prenderán, y me devolverán mi oro... no es verdad que me le devolverán?

ANA. Que le prenderán dice usted? Y por qué?

DIE. Porque me ha robado.

ANA. Oh! no, padre mio, no diga usted eso.

DIE. Quiero decirlo... infame!

ANA. Mi primo! Y si no fuese él?

DIE. Oh! él confesará; la justicia le hará... yo mismo voy...

ANA. Por Dios, no salga usted. No haga usted prender á nadie.

DIE. A nadie, cuando me han reducido á la desesperacion, á la miseria! Afortunadamente la justicia...

ANA. La justicia! No, no vaya usted, padre mio, mi primo está inocente.

DIE. Imposible! Imposible!

ANA. No ha sido él quien...

DIE. El ha sido... te di...

ANA. No, no, padre mio, he sido yo.

DIE. Tú!

ANA. Yo, que le rogué á usted de rodillas que salvase á su padre.

DIE. Tú, quien me ha qui... tú, quien me ha ro... tú... mi hija! Oh! no, no, no... mientes, no puede ser...

ANA. Padre mio, yo he sido. Oh! no crei hacerle á usted tanto daño. Padre, la carta de mi tio... usted se negaba á salvarle... estaba espuesto á morir...

DIE. Y me has muerto á mi por él! Pero tú no has enviado aun... no es verdad? No has enviado todavia...

ANA. Si señor.

DIE. Miserable!

ANA. Ah! perdon, perdon!

DIE. Vete... vete, te aborrezco... te... te maldigo... vete...

ANA. Padre mio!

DIE. No, no; quita de aqui. Tú no has sido sola... quién es tu cómplice?

ANA. Nadie.

DIE. Tu primo!

ANA. El nada ha sabido. Nada sabe aun.

DIE. Eso no es posible!

ANA. Se lo juro á usted por la memoria de mi madre.

DIE. Pero mi dinero, mi tesoro, dónde está? A dónde ha ido á parar? A quién se lo has entregado... Habla, quiero saberlo.

ANA. Para qué?

DIE. Para perseguir al infame, para prenderle, para que la justicia le condene á él, á su familia, al mundo entero.

ANA. En ese caso, padre mio, yo soy la única culpable.

DIE. Pero me nombras al... (*cojiéndola del brazo.*)

ANA. A nadie.

DIE. Mira que...

ANA. A nadie, padre mio.

DIE. Pues bien, hija infame y desconocida, tú serás la que...

JUA. (*al entrar.*) Qué es esto, Dios mio, esos gritos!

ESCENA IX.

Dichos y JUANA.

DIE. Oh! nada, nada, nada. Qué es lo que quieres? Quién te ha llamado?

JUA. Señor...

DIE. Tú no has ayudado á mi hija, eh? Tú no has sido?..

JUA. Qué?

DIE. No, no, ya sé yo que tú no eres capaz de hacer eso con tu pobre amo. Vamos, hija mia, sé obediente como hasta aquí, dime á mi solo... á quién has entregado?

ANA. No lo diré.

DIE. Cómo? Te niegas á obedecerme?

JUA. Pero Señor, qué hay aquí?

DIE. Hay, que en el momento vá usted á encerrar á mi hija ahí, en ese cuarto, en el de su madre; ahí ha de permanecer hasta que confiese... sin salir... aunque tenga que tapiar la puerta... y cuidado con que la dé usted nada.

JUA. Señor!..

DIE. Nada.

ANA. Dios mio!

JUA. Cómo, señorita!

DIE. Puede que sea tiempo todavia!... El dinero no puede haber salido de casa... Voy á ver.

ANA. Padre!

DIE. Eh! (Vá á confesar al fin?) No? Enciérrala.

JUA. Pero...

DIE. Enciérrala, te digo.

ESCENA X.

JUANA, ANA.

JUA. Virgen de los Dolores! Pero qué ha hecho usted que está tan furioso?

ANA. Si, su cólera es terrible; pero al menos solo ha caido sobre mi. Juana, me ha maldecido!

JUA. Vamos, señorita, valor. No es tan malo como parece.

ANA. Ah! que es muy desgraciado: si tú le hubieses visto, lloraba! Oh! he hecho mal, lo conozco; sin embargo, si he salvado la vida de mi tio, del padre de Carles...

JUA. De veras, señorita? Salvarle la vida? No sé cómo, pero siempre es una buena accion, que Dios le le premiará á usted.

ANA. Solo le pido que mi padre me perdone.

JUA. Pues no la ha de perdonar á usted? Un padre!

ESCENA XI.

Dichos, DON RUFO *por la escalera.*

RUFO. Eso no quita para que se registre bien toda la casa.

ANA. Don Rufo. Vendrá con él mi padre? (*vá á marchar.*)

RUFO. Calle! Tú aquí? Y don Diego que te cree encerrada!

ANA. Voy á encerrarme, padrino.

RUFO. Espera, espera un momento. Me alegro de hallarte. Ya ves la pesadumbre que has dado á tu padre. Arrebatarle el tesoro!

JUA. Qué dice usted? Mi señorita?

RUFO. Mas de un millon de reales!

JUA. Virgen de Atocha! Y mi amo no la ha matado á usted!

ANA. Yo ignoraba que contuviese tanto la maleta, y aun cuando lo hubiera sabido...

RUFO. Chist! Quieres callar? Si tu padre te oyese hablar con tan poco miramiento del dinero... Por fortuna está por allá bajo, revolviendo toda la casa, registrando todos los rincones... Yo he intercedido por tí, y creo que te perdonaria si nombrases la persona á quien has entregado...

JUA. Nómbrela usted, señorita!

ANA. Es que quiere que la prendan, quiere entregarla á la justicia.

RUFO. Como que tiene derecho á ello; y yo en su lugar haria otro tanto.

ANA. Usted? La persona á quien acusan ustedes, no ha hecho mas que ceder á mis súplicas, á mis lágrimas; yo la he engañado, porque la he dicho que era mandato de mi padre.

RUFO. Y eso qué? El siempre ha delinquido; tú eres una hija de familia, y él es criminal; y como le lleguemos á echar la mano encima...

ANA. Creo por el contrario, que usted le defenderá en sabiendo...

RUFO. Defenderle? Ya he dado órdenes para que le prendan, si dan con él, y van en su seguimiento.

ANA. Usted, padrino! Qué ha hecho usted? Es preciso revocar esas órdenes, porque son injustas; corra usted...

RUFO. Nada de eso, hija; y como sea el que me ha dicho tu padre, y en el cual recaen todas las sospechas, ya puede que esté en nuestro poder; porque cuando han salido en su seguimiento, acababan de verle partir del pueblo.

ANA. Pero si está usted equivocado, si no ha partido hoy de aquí, si fué ayer.

RUFO. Cómo? Tu cómplice?..

ANA. No es quien usted cree.

RUFO. El sobrino de don Diego!...

ANA. No es él.

RUFO. Pues quién?

ANA. El de usted.

RUFO. Mi sobrino?

JUA. Don Isidoro!

RUFO. Imposible! Si ha ido al negocio de la venta.

ANA. Ha ido á salvar á mi tio.

RUFO. Ah tunante! Por eso se me marchó con la mitad de las instrucciones! (*don Diego aparece.*)

ANA. Ah! (*vase.*)

JUA. Dios eterno, qué será de nosotros!

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON RUFO, *luego* JUANA.

RUFO. (Pero ese imbécil!.. Cuando su boda con Anita dependia de la ruina del hijo... toma con un empeño tan bestial el socorrer al padre! Habrá zopenco!)

DIE. Ha, hablado usted con mi hija?

RUFO. Si, señor.

DIE. Y qué ha revelado...

RUFO. Pech... ahora ya no hay que...

DIE. No hay que temer, eh? Lo que yo me pensaba! Lo ha escondido... y dónde, dónde?

RUFO. Ya... usted...

DIE. Ah, ah, ah! Eso si que serla bueno, eh? ah, ah!

RUFO. Ciertamente... pero...

DIE. Qué...

RUFO. El dinero no está ya en el pueblo.

DIE. Se lo ha llevado mi sobrino, ese infame!

RUFO. No, no señor; no es él quien...

DIE. Pues quién es? A quién ha nombrado?

RUFO. A nadie.

DIE. A nadie! No quiere confesar nada, quiere que la arroje de mi casa, que la desherede!

Rufo. Desheredarla! Oh! eso no, no puede usted hacerlo. Un padre!

Die. Un padre? Cómo que no puedo? Un padre podrá maldecir á una hija, y no podrá desheredarla? Don Rufo, eso es irritante. Dójeme usted en paz. Y en cuanto á esa víbora, no quiero saber de ella nada. (*á Juana que sale.*) Qué hace mi hija?

Jua. Ay señor! Está muy afligida, llora como una Magdalena, arrodillada junto á la cama de su madre.

Die. Y por qué no confiesa? Por qué no me dice todo á mí, que tanto la he querido, que nunca la he negado nada? Ella no pedia tampoco, pero esa no es culpa mia. (*mirando.*) Alli está de rodillas.

Jua. Vamos, señor, tenga usted compasion de la pobrecita!

Die. No, no; ella no la ha tenido de su padre; cierra esa puerta, ciérrala. Nunca la perdonaré, nunca. Vete de aqui.

Rufo. (Si yo pudiera traerle á la razon.)

Die. Hija desnaturalizada!..

Rufo. Escuche usted, compadre. Debe usted considerar, que ese dinero que ha tomado, en cierto modo... era suyo.

Die. Eh! qué está usted ahí diciendo? Ella nada tiene aqui... todo es mio... todo.

Rufo. Bien sabe usted, que el testamento de su madre... ella tiene derecho á una dote de sesenta mil duros que la dejó...

Die. Quiere usted callar?

Rufo. No; esto es un decir: como está en mi escribania el protocolo, sé muy bien...

Die. Silencio!

Rufo. Y por eso me habia ocurrido á mí una idea para conciliarlo todo.

Die. A usted? (Imbécil! Alguna idea bestial; como suya!) Y qué?

Rufo. Cásela usted...

Die. Casarla! Separarme de ella! Y cuando estoy arruinado, tratar de... Vamos, usted quiere apurar mi paciencia!

Rufo. Podiamos escojerla un marido que no le pidiera razon...

Die. E[illegible]

Rufo. Y que se conformase con tomar á cuenta de la dote...

Die. Don Rufo, usted me irrita.

Rufo. Pues; con tomar por dote únicamente el crédito de ese dinero contra su cuñado de usted...

Die. Eh? Cómo? (Pues no es tan bestial la idea como yo creia! Este habla por su sobrino.)

Rufo. Qué le parece á usted? He dicho algo?

ESCENA XIII.

Dichos, Juana, Ana, *y* Carlos.

Jua. (*dentro.*) Por aqui, señorito, por aqui; déjenle ustedes, está en casa de su tio!

Die. Qué es eso?

Rufo. Ese ruido!..

Ana. Es mi pri... mi padre!..

Rufo. Su sobrino de usted entre los guardias civiles; y cuanta gente; le han preso, vamos; y como dije que le trajeran aqui...

Ana. Preso!

Die. Que suba inmediatamente.

Rufo. Dejadle, dejadle; suba usted, caballerito... Si ya está aqui!

Car. Prenderme á mi? Quién ha dado esa órden? Con qué derecho? Ah! tio mio, es usted acaso?.. Sabe usted ya lo que es de mi padre? No ignoro; Ana me lo ha dicho, que usted le habia enviado cuanto dinero tenia. Juana acaba de enterarme de que Isidoro es quien llevó anoche...

Rufo. Uy!

Die. Isidoro!

Car. Aunque mi prima me dijo que habia hecho tan bella accion, no me atreví á creer tanta felicidad! Querido tio! Usted nos ha dado el honor y la vida! Disponga usted de mi; mis dias, mi sangre, todo le pertenece á usted.

Die. No, no quiero tanto... Escucha, tú eres un buen muchacho: esa cantidad, ese oro, esos billetes que me han ro... (*gesto de Ana.*)

Car. Que ha enviado usted á mi padre!

Die. Si, eso es lo que queria decir.

Car. Ah! mi reconocimiento!..

Die. Gracias... Yo me doy por satisfecho con haber tenido el placer... ciertamente... yo soy así. Pero aun quiero hacer mas, quiero que esa enorme cantidad te pertenezca.

Todos. Cómo?

Car. A mi?

Die. Si; dándote con ella mi hija por muger, que es otro tesoro, y esa cantidad es su dote.

Ana. Cielos!

Rufo. Calle, mi idea!

Car. (Qué oigo!)

Die. Ya has recibido la dote, y esta tarde me firmarás un papel que el señor estenderá.

Rufo. Poco á poco, poco á poco. Aun no sabemos si mi sobrino ha llegado á tiempo!

Car. Qué dice usted?

Ana. Padrino!

Rufo. Digo que mi sobrino salió de aqui ayer por la noche, y que segun la carta de su padre de usted, tal vez habrá llegado tarde.

Die. Tarde!

Todos. Cielos! (*chasquidos de látigo dentro.*)

Car. Con que entonces no saben ustedes nada aun? No se sabe qué es de mi padre!

Die. No.

Car. Y me han traido hasta aqui desde el camino? Déjadme.

Ana. Don Carlos.

Jua. Quién sabe?

ESCENA XIV.

Dichos, Isidoro, *lleno de polvo.*

Isi. Aqui estoy, aqui estoy!

Todos. Isidoro!

Car. Y mi padre?

Ana. Mi tio...

Die. El dinero...

Isi. Poco á poco, señores, déjenme respirar. Para volver, he corrido la posta á caballo en toda clase de posiciones, y estoy hecho pedazos. (*Juana le trae una silla.*)

Car. Pero mi padre?.. Qué es de mi padre?

Isi. Su padre de usted? Ay, ay, ay, su padre de usted... tan gordo, no tiene novedad.

Car. Amigo mio! Mi querido amigo...

Ana. Mi buen Isidoro!..

Die. Pero el dinero! Mi dinero!..

Isi. Su dinero de usted? pech... Pero válgame Dios, como he corrido para volver! La señorita Ana me lo habia encargado tanto, y yo ya se vé... Está usted contenta?

DIE. Pero imbecil, te pregunto por mi dinero.

ISI. Oh! cuando me ha visto con él su cuñado de usted, si le viera usted llorar de alegria! Como que no se lo esperaba!

DIE. Pero qué...

ISI. Cómo qué?.. Nada, lo tomó, y al instante llamó á su cajero, y quince por aqui, treinta por allá, ochenta por acullá; pim, pam, qué modo de distribuir! Lo que es el mundo, decia yo; don Diego habrá estado quien sabe cuantos años para juntarlo, y este otro en media hora, pim, pam, pom, pum, buenas noches.

DIE. Ah!

ISI. Pero cuando yo le dije que se lo enviaba usted...

DIE. Eso no es...

ANA. Padre mio!

RUFO. Efectivamente, eso no es...

DIE. Calle usted. (*mirada de Carlos á todos, fijándola en Ana.*)

CAR. (Qué misterio!)

ISI. Al volver de su sorpresa, se arrojó en mis brazos, lo mismo que usted ha poco. (*Carlos estrecha la mano á Ana.*)

DIE. Y el dinero...

ISI. (*sacándolo del sombrero que ha dejado en el suelo delante de él.*) Aqui lo tiene usted, digo, el recibo. Usted es para él un ángel, un... qué se yo! «Dile á mi cuñado, me dijo, que soy suyo hasta la muerte, y á Carlos que se venga pronto, que ahora podremos volver á arreglar su boda.

CAR. Cielos! (*Ana suelta la mano de don Carlos.*)

TODOS. Su boda!

ISI. Pues, con la hija de un consejero, la señorita doña Elisa Aranalde.

ANA. (Oh! Dios!)

CAR. Querido tio! Mi padre no sabe todo lo que le debe á usted, á mi prima; no sabe que mi palabra está empeñada con usted, y que si Ana acepta mi mano...

ANA. No, don Carlos; usted no nos debe tanto, que haya de satisfacernos su libertad; á ese precio serian muy caros todos los beneficios; puesto que su cariño de usted pertenece á otra, sea usted feliz con ella... Mi mano... nunca pertenecerá mas que al que me haga dueño de su corazon.

ISI. Muy bien.

ANA. Ay padre mio!

DIE. Hija mia! (*abrazándola.*)

CAR. Ana!

DIE. Dejádmela.

CAR. Y puedo acaso? Ana, vuelva usted en sí! Puede usted dudar de mi corazon? Ese enlace solo me proporciona lujo y ostentacion, y, para qué los quiero?.. Solo su amor de usted, su virtud y sus gracias, pueden darme la felicidad que ambiciono. Ana; yo la amo á usted, querrá usted privarme de tanta dicha?

ANA. Carlos!

CAR. Ah! qué dichoso soy!

ISI. Calla! pues...

RUFO. (Nos hemos lucido!) Qué haces ahi?

ISI. Ya lo ve usted, nada.

RUFO. (*á don Diego.*) Y en cuanto á la hacienda del majuelo, en qué quedamos?

DIE. En que la compro.

RUFO. Cómo? Pues no!..

DIE. Qué tonto es usted... Hijos mios, vuestra boda se celebrará en Madrid; á mi no me ha quedado un cuarto, y...

CAR. Tio, usted no tiene que pensar en nada... Mi padre...

DIE. Ay! Bien, bien. Dios os haga bien casados.

FIN DE LA COMEDIA.

Junta de censura de los teatros del reino.—Es copia del original censurado.

MADRID, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, núm. 13.